

Una Cuba entre la esperanza y la espera. Algunos apuntes sobre la idea de espera en el contexto social cubano

Duzan D. Ávila Castellanos

University of Waikato

Introducción

De Cuba y su pueblo mucho se ha hablado. Son diversas las ideas, imágenes, nociones, términos y conceptos empleados para describir sus características. Dentro de esta variedad, una idea en particular suele asociarse con bastante frecuencia con la isla, su sociedad, su historia y su cultura: la idea de espera. Este trabajo tiene como objetivo explorar algunos usos de la idea de espera en el contexto de sus relaciones con múltiples fenómenos de la realidad social cubana.

Abordar esta idea en relación con el contexto social cubano y su representación en diversos campos del saber es una tarea compleja. Desde distintas perspectivas, la espera ha sido un tema recurrente en las artes, la política, la filosofía y las ciencias sociales, entre otras áreas, que han analizado aspectos o fenómenos vinculados a Cuba. Podría decirse que la espera constituye uno de los símbolos más poderosos empleados para caracterizar los múltiples retos que los actores sociales enfrentan cada día. En este sentido, ha sido evocada tanto por residentes como por autores localizados fuera de las fronteras nacionales. Siguiendo a Alexander y Eyerman (2015), podríamos afirmar que se trata de un verdadero trauma cultural, dado su condición de signo vertebrador de relaciones causales entre fenómenos materiales, sucesos, percepciones y

representaciones de muy diversa índole, pero que confluyen todos en un mismo proceso, muchas veces doloroso, que se padece tanto de manera individual como colectiva.¹

En muchos de los tratamientos que abordan directamente la espera en Cuba, frecuentemente se utiliza una terminología que no siempre se corresponde con las características particulares de estos procesos. En este sentido, no pocas veces se confunden fenómenos que podríamos clasificar como esperas en cuanto tal con otros similares como el tedio, el aburrimiento o el tiempo perdido. Aunque relacionados, estos fenómenos no son homólogos con las esperas, sino más bien análogos a estas. De aquí que sea esencial determinar tanto los puntos de conexión como de desconexión entre las esperas y otros fenómenos similares, a fin de ofrecer una descripción clara de los procesos que se buscan analizar mediante estos términos.

Estos equívocos nos llevan a plantear la necesidad de establecer mecanismos conceptuales que permitan distinguir en la amalgama terminológica y conceptual existente en relación con Cuba y sus esperas. En otros términos, el estado del arte demanda un enfoque que permita demarcar de manera objetiva, clara y distinta entre las esperas sociales y otros fenómenos similares que, aunque a veces relacionados con ellas, son fenómenos distintos.

En tal sentido, el presente trabajo presta especial atención a las distinciones entre las esperanzas secularizadas, aplicadas al contexto cubano, y su frecuente confusión con lo que hemos denominado esperas institucionales prolépticamente organizadas. Como hipótesis de trabajo, sostendremos que son estas últimas las que pueden ser propiamente analizadas por las ciencias sociales y humanas, al menos en un sentido categorial.

Empleando una teoría propia sobre los procesos de espera social, centraremos nuestra atención fundamentalmente en su dimensión operacional, en tanto dimensión central a la hora de distinguir el resto de sus partes componentes. Para ello, analizaremos el tratamiento dado a procesos considerados esperas que desde esta teoría no podrían ser clasificados como tal, y otros donde sí puede afirmarse, al menos desde una perspectiva categorial, que lo son. En todos estos casos, indagaremos tanto en los usos materiales—es decir, cuando se han empleado en relación con fenómenos o procesos

¹ El concepto de trauma cultural desarrollado por Jeffrey Alexander y Ron Eyerman es muy potente y puede ser aplicado al estudio de los procesos de espera en Cuba. En el presente trabajo, no desarrollamos en su totalidad todas sus posibilidades, pues nuestros objetivos son otros, pero lo tenemos en cuenta en buena medida. Cuando aludimos a las esperas institucionalizadas en Cuba, lo hacemos desde una perspectiva analítica que no entra en contradicción con esta importantísima noción de la sociología cultural.

concretos—como en algunos abordajes formales de estas ideas—esto es, donde la espera se analiza como fenómeno en sí, vinculado a la realidad sociocultural e histórica de Cuba.

Para llevar a cabo esta tarea, seguimos una perspectiva filosófica cercana a las coordenadas del sistema a veces conocido como “materialismo discontinuista” (Pérez-Jara 2022).² Se adoptó una metodología de investigación cualitativa, respaldada por una revisión documental. Esta aproximación permitió analizar críticamente una diversidad de materiales que abarcaron obras literarias, materiales filmicos, artículos de prensa, debates en redes sociales, ensayos filosóficos y textos de carácter histórico y sociológico. El marco temporal de estos materiales se centró en la última década del siglo XX y las dos primeras del siglo XXI.

El enfoque institucional y operacional como perspectiva de análisis para las esperas

En las últimas décadas, mucho se ha discutido sobre la espera como fenómeno social en el ámbito de las distintas ciencias sociales (Correa, Bortolotto y Musset 2013). Fundamentalmente desde una perspectiva temporal, las esperas humanas han sido estudiadas dentro de lo que se conoce en algunas ramas de la antropología y la sociología como campo o estudios de las temporalidades (Hage 2009). De esta manera, se han considerado principalmente como un tipo de temporalidad o tiempo social (Palmer Pocock y Burton, 2018).

Sin negar por completo que este enfoque sea viable, lo cierto es que cada vez hay más investigadores que defienden la tesis de que en las esperas hay mucho más que tiempo (Lindón 2019). Sobre todo, si a este se le considera de antemano como “tiempo perdido”. A este respecto, podría afirmarse que en las esperas hay dinámicas, fenómenos y aspectos materiales que no siempre pueden ser explicados desde una perspectiva exclusivamente temporal.

Por otra parte, muchas veces también se considera que la espera es una experiencia que se padece de un cierto tipo de proceso temporal (Björk, Lindahl y Fridh 2019). Es decir, se suele enfatizar la dimensión psicológica relacionada a lo temporal de estos fenómenos. Sin embargo, desde nuestra perspectiva analítica, sostenemos que existen esperas que pueden ser tratadas como fenómenos objetivos, que trascienden las

² El materialismo discontinuista, también denominado simplemente “materialismo filosófico” en español, es un término empleado por su principal exponente, el filósofo español Gustavo Bueno (1972b). Nosotros optamos por utilizar esta denominación para diferenciarlo de otros materialismos (Pérez-Jara, Romero y Camprubí 2022) y de filosofías consideradas también materialistas, tales como el materialismo histórico de raigambre marxista.

experiencias individuales de los sujetos involucrados, sin que se niegue que estas experiencias puedan tener lugar.

Es decir, consideramos que las esperas no son simplemente temporalidades emergentes y de difícil categorización por su condición liminal (Sutton, Vigneswaran y Wels 2011; Turnbull 2016), sino procesos más amplios y de profundo calado cultural que alcanzan, en muchos casos, una condición institucional. Desde esta perspectiva, si bien los actores en espera son un elemento fundamental, es posible analizar ciertos procesos de espera como fenómenos autocontenidos. O sea, como fenómenos sociales objetivos, en sí, que tienen lugar antes de la representación subjetiva que los sujetos involucrados se construyen de estos.

Es importante aclarar que no toda la espera cumple con este criterio de objetividad. De aquí que hablemos de “las esperas”, en plural, y no como un mismo fenómeno singular, que se manifiesta en situaciones distintas. Desde esta perspectiva, nuestra tesis sostiene que las esperas de interés para las ciencias sociales y humanas son aquellas que podemos considerar como instituciones sociales, es decir, esperas institucionalizadas en múltiples formas y que poseen todas las características descritas por los estudios antropológicos y sociológicos sobre las instituciones sociales (Ávila Castellanos 2023a).

Desde esta perspectiva, nuestro análisis se opone directamente al carácter subjetivo, emergente, ambiguo y liminal asignado a los procesos de espera en múltiples investigaciones, buscando revelar su estructura lógica y acaso “racional” (Weber 2019), y su carácter más o menos coherente con los ámbitos de relaciones donde estos procesos se manifiestan. No estamos afirmando que estos procesos no constituyan fenómenos desagradables o incluso traumáticos para los actores sociales vinculados a ellos, sino que sus manifestaciones están perfectamente asimiladas, racionalizadas y gestionadas dentro de las dinámicas sociales y culturales de la isla. Aun cuando su existencia sea conflictual o contradictoria, siguiendo a Merton (1968), a nivel tanto colectivo como individual.

Basándonos en estas premisas, manejamos la tesis de que las esperas sociales, tal y como aquí se entienden, presentan múltiples dimensiones que incluyen tanto elementos relacionados con el tiempo como con el espacio y con las operaciones humanas vinculadas a estas. Esta tríada dimensional (temporal, espacial y operacional) ha de tenerse en cuenta necesariamente si se pretende un análisis integral de estos procesos.

Desde estas coordenadas, damos incluso un paso más y planteamos que, más que la dimensión temporal tan ampliamente vinculada a las esperas, es la dimensión operacional la que facilita una integración dialéctica verdaderamente eficiente de todos los aspectos involucrados en estos procesos. Esto se debe a que no hay operaciones descontextualizadas de tiempo o el espacio. Del mismo modo, afirmamos que no hay operaciones que no impliquen procesos de representación subjetiva, lo que también permite el análisis de las experiencias asociadas a las esperas, otro tema ampliamente explorado en este campo de estudio.

El enfoque operacional como mecanismo clasificador

El enfoque institucional y multidimensional de las esperas sociales que proponemos busca no solo analizar estos procesos, sino también establecer criterios materiales para distinguirlos de fenómenos similares. Hasta ahora, la clasificación de un fenómeno como espera se ha basado fundamentalmente en dos factores: ciertas características temporales y experiencias subjetivas declaradas por los actores involucrados. Es decir, si algunos individuos perciben que su tiempo se ha pausado de una manera específica y declaran que están a la espera, entonces el fenómeno se clasifica automáticamente como tal.

El problema con este proceder es que a menudo ignora que las esperas sociales suelen ser fenómenos muy similares a otros con los que también pueden estar relacionados, aunque no siempre. De aquí surgen muchos casos en los que no se distingue entre una situación de tedio o aburrimiento, una pausa o una simple interrupción de un proceso cualquiera, entre muchos otros, y una espera. Sin embargo, de todos estos fenómenos uno destaca sobre el resto por la frecuencia con la que es confundido con las esperas. Nos referimos a las situaciones de esperanza social, las cuales frecuentemente son consideradas automáticamente como procesos de espera, sin que se ofrezcan razones objetivas para tal clasificación.

En el contexto de las esperanzas y las esperas, es posible identificar una relación histórico-conceptual que justifica su conexión, a la vez que se distinguen diferencias claras que permiten identificarlas en contextos sociales específicos. Proponemos utilizar el criterio operacional como mecanismo distintivo, aplicable tanto a esperas y esperanzas sociales como a otros procesos similares. Frente a perspectivas que conceptualizan las esperas como procesos “liminales” (Sutton, Vigneswaran y Wels 2011) o “ambiguos” (Gray 2009) y las reducen a “emociones estériles” (Schweizer 2008), adoptamos una visión ontológica que enfatiza su positividad material. Este enfoque

busca superar los criterios subjetivos y experienciales para establecer elementos objetivos en las esperas que sirvan como criterios distintivos de estas.

Este enfoque es igualmente útil para analizar la relación entre la espera y la esperanza. La perspectiva operacional nos permite discernir las diferencias entre estos fenómenos, basándose en las características de las operaciones humanas involucradas. Sugerimos considerar lo que hemos denominado como referentes y referenciales dentro de la arquitectura operacional tanto de las esperas como de los procesos de esperanza social. Esto es, proponemos evaluar tanto el fin último (referente) al que apuntan todas las operaciones como los fines intermedios (referenciales) que se buscan en ciertas concatenaciones operacionales dentro de un proceso de espera. Ambos factores presentan distinciones notables tanto en el caso de las esperas como de las esperanzas sociales. Las esperanzas, por lo general, se caracterizan operacionalmente por una incapacidad manifiesta por parte de los actores para establecer planes y programas efectivos con respecto al referente o el fin último del proceso. Es decir, en los procesos esperanzados no es fácil establecer objetivos intencionales basados en la proyección de vectores operatorios más allá de un cierto límite. Si bien estos procesos no están carentes de operaciones, resulta muy complejo asegurar que estas sean coherentes con un referente claro, puesto que sobre este fin último se suelen ignorar muchos de sus elementos generales.

De aquí el componente de impredecibilidad de las situaciones esperanzadas, donde priman más que las certezas basadas en hipótesis fiables, los deseos y anhelos sobre los cuales no se posee certidumbre alguna. Y esto es así dado que resulta complicado establecer anamnesis, o sea, recuerdos de situaciones o experiencias similares pasadas sobre las cuales establecer estrategias de acción o prolepsis, es decir, planes y programas que permitan superar el proceso que se atraviesa.

Para ilustrar esta idea, utilicemos el caso de la Esperanza, con mayúscula, en su acepción original escatológica. No es la duración del proceso (acaso la vida entera) de la espera por la bienaventuranza lo que la define en cuanto tal. Tampoco la indeterminación o inexistencia de un referente, puesto que este es muy claro y distinto (el retorno del mesías). Ni siquiera la ausencia de puntos de anclaje u objetivos intencionales, ya que también estos están delimitados (ir a misa, rezar, practicar la caridad, cumplir los sacramentos, etc.). Donde esta esperanza se distingue de otras esperas es más bien en la desconexión aparente, observable al menos, entre el referente (la venida del reino de los cielos) y los objetivos intencionales (fines, planes y programas) establecidos para alcanzarlo.

En términos operacionales, no se puede determinar si los cursos de acción exigidos, tanto los ejecutados como los proyectados, se adecuan a la finalidad lógica u objetiva del proceso, ya que no disponemos de referenciales claros más allá de un punto determinado. Esto se debe a que las prolepsis realizadas no pueden basarse en casos conocidos del pasado (anamnesis) que hayan tenido el resultado esperado. En palabras simples, dado que el retorno del mesías aún no ha ocurrido y los creyentes que antes tenían esperanzas aún no han sido salvados, no podemos saber con certeza si las operaciones realizadas garantizarán la salvación anunciada.

Estas características, que podríamos clasificar de vacío proléptico, son propias de las esperanzas en relación con los procesos de espera operacionalmente estructurados. En buena medida, es también lo que les otorga esa pátina de positividad axiológica a las esperanzas, donde se suele esperar siempre por algo deseado o considerado como bueno (Bergalli y Resta 1996). Las esperas, por el contrario, suelen presentarse axiológicamente neutrales o directamente negativas. En este particular, Catherine Brun apunta que “incluso durante la espera, la gente sigue adelante” (Brun 2015, 28). Para esta autora, esto ocurre debido a que la espera y la esperanza están muchas veces entrelazadas, siendo la esperanza aquello que mantiene la actividad vital durante los períodos de espera.

Desde nuestra perspectiva, la dinámica entre espera y esperanza funciona de manera inversa a lo comúnmente pensado. No es la esperanza la que impulsa a los actores sociales en los procesos de espera; más bien es la espera y las posibilidades concretas de acción que esta ofrece lo que nutre y da forma a las esperanzas o expectativas que eventualmente se manifiestan. En otras palabras, no son los sentimientos o emociones subjetivas lo que motiva la acción dentro de estos procesos, sino un marco de operatividad objetiva, a menudo institucionalizado, que proporciona el proceso de espera. Este marco permite que la espera ofrezca posibilidades de acción más o menos abiertas, observables en la conducta de muchos actores involucrados.

Esta arquitectura proléptica objetiva (institucional) en los procesos de espera trasciende las simples aspiraciones personales y se alinea más estrechamente con los contextos sociales reales donde ocurren estas esperas. De ahí que las esperas se presenten de forma institucionalizada, regulada, organizada y estructurada, lo cual, contrariamente a lo que algunas teorías antropológicas sugieren, no limita la actividad individual, sino que proporciona un marco objetivo para la actuación del sujeto, incluso permitiendo transgredir estas regulaciones.

Es crucial reconocer que existen conexiones entre espera, esperanzas y operaciones en el sentido institucional, pero también es fundamental abordar estos fenómenos sin generalizar. Aunque existen múltiples puntos de conexión, también hay claras diferenciaciones entre estos fenómenos, lo que hace que no se puedan usar estos términos de manera intercambiable sin las debidas explicaciones, como a menudo se observa en análisis sobre las esperas en Cuba. En lo siguiente, profundizaremos más en esta cuestión.

Las esperanzas secularizadas y las esperas operatorias prolépticamente estructuradas. Su recurrencia en el ámbito cubano.

En el análisis de las esperas en Cuba, comúnmente se encuentran diversas interpretaciones de lo que constituye una espera. Sin embargo, dos conceptos destacan: la espera como una esperanza secularizada y las esperas que nuestra teoría identifica como prolépticamente estructuradas hacia un objetivo material concreto, adecuadas para análisis categorial. Estos conceptos pueden aparecer tanto juntos como separados en la literatura. Así, es común encontrar descripciones donde la espera se entiende en un sentido esperanzador y también como procesos prolépticos y operacionales que no necesariamente conllevan esperanza ni implican una valoración axiológica.

En el caso específico de la primera acepción, la espera esperanzada, se refiere a la espera entendida como un tipo de esperanza secularizada, y es aplicada principalmente a la vida política y sociocultural de los cubanos. Parafraseando a Gustavo Bueno, sobre las esperas en el contexto cubano, podríamos decir que unas veces son tenidas por esperanzas “teológicamente invertidas” (Bueno 1972a), aplicadas a campos del ámbito social humano, donde la “bienaventuranza” no corresponde a sucesos divinos, sino a aspectos relativos a la política, economía, cultura, relaciones sociales e individuales, entre otros.

En el contexto de Cuba, es común encontrar alusiones a lo que se consideran procesos de esperas sociales que, bajo nuestra arquitectura teórica, serían más adecuadamente descritas como esperanzas secularizadas. Muchos autores sostienen que Cuba podría ser caracterizada, en cierta medida, por esperas cuasi ontológicas que habrían definido el carácter de la nación, posiblemente desde sus inicios. En estos análisis, se emplea la espera en un sentido adjetivado, como en expresiones tales como

“el pueblo cubano espera...” o “Cuba espera...” por su libertad, la justicia, la “verdadera” democracia o el comunismo final, entre otras.³

En el pensamiento y la cultura popular cubana, tanto dentro como fuera de la isla, la espera se interpreta comúnmente como esperanza secular y se utiliza como categoría explicativa de diversas dinámicas sociales. Esta concepción se refleja en símbolos culturales emblemáticos, como la Giraldilla, estatua que adorna el Castillo de la Real Fuerza en La Habana y simboliza la recepción al visitante en la entrada de la Bahía. Originalmente representando a Isabel de Bobadilla, quien esperó en vano el regreso de su esposo Hernando de Soto desde América del Norte en 1539, la figura ha sido reinterpretada por la tradición popular y vinculada a la espera heroica y estoica, según autores como Leal (2022), Parra (1970) y Valentini (2022).

La nostalgia vinculada a procesos de espera esperanzada se manifiesta en el arte y la cultura contemporáneos de Cuba. Ejemplos destacados incluyen a los cantautores Silvio Rodríguez y Carlos Varela, quienes han explorado este tema en sus obras recientes. Rodríguez en particular, con su álbum de 2020 *Para la Espera* y la canción “Danzón para la espera”, utiliza la espera como una forma de esperanza, fusionando experiencias personales y colectivas en una poética que conecta lo individual con lo social sin contradicciones:

Un amor para decir te espero
 Una piel donde aprender fragancia
 (...)
 Un danzón para esperar el alba
 Un fulgor donde empezar de cero
 (...)
 Se va el danzón (Para decir: “te espero”)
 Se va el danzón (Para aprender fragancia)
 (...)
 Se va el danzón (Para los solitarios)
 Se va el danzón (Y para la esperanza) (Cubaque 2020)

Carlos Varela, por su parte, en “El Bostezo de la espera” (2019) es menos sutil y se mueve directamente en el campo de lo sociológico y lo político, evocando a la melancolía y la pasividad a veces asociada a las esperas de los cubanos, pero en el mismo sentido esperanzador que Rodríguez:

³ Desde nuestra perspectiva analítica, consideramos problemático el uso de referencias a las esperas de una nación o de un pueblo, como ocurre frecuentemente en el caso de Cuba, especialmente cuando estas referencias provienen de contextos que pretenden ser académicos o científicos. Este tipo de enfoque abstracto puede ser apropiado para análisis filosóficos, artísticos, poéticos o literarios, pero resulta difícilmente aplicable en un contexto científico, donde se requieren perspectivas más categóricas y definidas.

Yo fui feliz
Descalzo entre los ciclones
Cuando no teníamos nada
Bastaba con las canciones
Y ayer salí y solo vi en los balcones
El bostezo de la espera, el miedo
Y coronas de flores [...] *...*
El bostezo, la maldita espera,
Y coronas de flores (Varela 2019)

Independientemente de las nociones que se manejen, existe cierto acuerdo en reconocer a las esperas como un fenómeno crucial en el ámbito sociohistórico y cultural de Cuba. Estas se extienden más allá de los debates artísticos e intelectuales para impregnar la vida social y la fraseología popular de la isla. La espera, la encontramos además en múltiples productos culturales vernáculos, a menudo ligados al humor social, donde también se exploran sus múltiples facetas.

Otra de las fuentes cruciales para entender cómo se representan lógica y racionalmente las esperas y esperanzas sociales en las narrativas cotidianas de Cuba la constituyen los materiales periodísticos. Aquí encontramos las esperas relacionadas a múltiples planos de lo social que van desde las dinámicas políticas y económicas a idiosincráticas y culturales. Un ejemplo en este sentido lo encontramos en el artículo “Maestros de la espera” (Armengol 2015), donde la espera se asocia de manera abstracta a las biografías de los cubanos mediante el uso de conceptos con un grado de indeterminación muy elevado, jugando con las libertades poéticas de un texto de esta naturaleza.

Una tras otra, han ido acumulándose las generaciones inacabadas, incompletas en su capacidad de formar un destino. Los cubanos se han transformado en maestros de la espera. Nos enseñaron a dominar el arte de la paciencia: un futuro mejor, un cambio gradual de las condiciones de vida, un viaje providencial al extranjero. Nos enseñaron también a no arriesgarnos, a no creer en el azar, a resignarnos a la pasividad. Seguimos esperando (Armengol 2015).

Este enfoque se extiende también al discurso cotidiano de otros grupos sociales en Cuba, más allá de los intelectuales, como muestra un medio periodístico al citar a un joven emprendedor que señala cómo “muchos cubanos viven esperando un milagro” (García 2018). En ambos casos, la percepción de la espera es similar y se atribuye a las autoridades gubernamentales la responsabilidad por las carencias y los prolongados períodos de espera.

Estas concepciones no ofrecen una definición clara de la espera ni de su aplicación en los fenómenos sociales tratados. Comúnmente, se adopta una perspectiva que denominamos cóncava, centrada en la experiencia de los sujetos que se ven a sí mismos en una situación de espera, reflejando una visión desde dentro del fenómeno. Desde esta perspectiva, los individuos que esperan, generalmente identificados como parte de “el Pueblo cubano”, son vistos como actores pasivos que enfrentan las dificultades asociadas a su espera. Además, esta visión tiende a ignorar el papel de otros actantes (individuos o entidades) situados en los bordes de estos procesos, sin ser ellos mismos parte de quienes esperan.

Este enfoque de análisis conceptual no se limita únicamente a críticas de la realidad sociopolítica cubana, sino que también se observa en perspectivas opuestas dentro del espectro político, empleando una interpretación común de la espera, aunque desde ángulos diferentes. René Vázquez Díaz, destacado escritor y periodista, defiende el ordenamiento sociopolítico de la isla y critica a quienes ven la espera como una variable clave en el análisis de las dinámicas sociales en Cuba. Vázquez Díaz argumenta que no se debe describir la historia de Cuba como un proceso dominado por la espera, considerando tal enfoque como una “atractiva mistificación” y una “pose fraudulenta en tiempos de cambio” (2009). Además, sostiene que atribuir al pueblo cubano una tendencia especial a la espera sería un “salto mortal intelectual”, y propone en cambio entenderla como parte de una “lucha continua por la existencia, la soberanía y la subsistencia” (Vázquez Díaz 2009).

Paralelamente, el canciller cubano Bruno Rodríguez destaca las adversidades actuales al señalar que es “imposible cuantificar la angustia generada por los apagones, la inestabilidad del servicio eléctrico, el desabastecimiento y largas colas para productos de primera necesidad, y los obstáculos a los proyectos de vida de las familias, especialmente de los jóvenes” (2022). Rodríguez atribuye el origen de estas crisis a factores sociohistóricos y geopolíticos externos al control del Gobierno cubano, sin distinguir entre estratos sociales o procesos específicos, sugiriendo que las “esperas” mencionadas no son más que una respuesta generalizada a desafíos externos.

En ambos tipos de abordajes de la espera en Cuba, ya sea desde la crítica o desde la defensa del orden sociopolítico, lo importante es que la idea de espera en sí presenta características muy similares. La variación la encontramos en la perspectiva desde la cual se analiza tanto el proceso como el posicionamiento de los actores vinculados a este. Si en los ejemplos críticos analizados más arriba vemos que primaba el posicionamiento cóncavo—es decir, desde la perspectiva de los actores que

esperan—entre los defensores del sistema político cubano el análisis se centra en una perspectiva más cercana a las zonas convexas del proceso. Esto es, teniendo más en cuenta a los actores y agencias que gestionan la espera social en cuanto tal.

De cualquier manera, lo esencial es que la construcción retórica, así como los términos y categorías empleados, nos remiten a la idea de espera del primero de los órdenes expuestos. Es decir, esperas sociales entendidas como esperanzas secularizadas. En ambos casos, frases tales como “Cuba espera” o “los cubanos esperan”, entre muchas otras, son utilizadas con frecuencia en relación con ideas muy complejas del ámbito social, histórico, económico, psicosocial, político, etc. Este tratamiento, salvo muy escasas excepciones, difícilmente puede esclarecer o mejorar la comprensión de la complejísima realidad social cubana.

Aun con lo antes dicho, es justo resaltar que quienes emplean estas nociones de espera en el sentido antes expuesto no buscan realizar ejercicios analíticos conceptuales de segundo grado (formales) en relación con las nociones que manejan. En casi todos los casos, el tratamiento se enmarca en el campo de la ideología y la propaganda política, de ahí que simplemente se utilizan ideas que gravitan en la representación social general, vinculadas a determinados fenómenos en un sentido clasificatorio. Mediante estas correlaciones, se construyen discursos y se establecen esquemas de análisis encaminados a defender una determinada tesis. Esta podrá estar vinculada a lo político, lo social, lo cultural o cualquiera de los muchos ámbitos sobre los que gira el debate en y sobre Cuba, en cualquiera de los sentidos posibles. A los objetivos de este estudio, esto es lo que verdaderamente interesa, y no tanto el contenido específico del discurso o su posicionamiento en el espectro político.

Las esperas institucionalizadas como procesos operacionales prolépticamente organizados

Antes hemos dicho que la noción de espera, en tanto esperanza secularizada, se materializa, en el ámbito cubano, en múltiples representaciones sociales vinculadas a numerosísimos procesos institucionalizados de lo social, lo histórico, lo cultural e incluso lo político de la isla. Sin embargo, aunque estas esperas sociales cargadas de esperanzas seculares aparecen en textos de muchos autores, no son las únicas empleadas en relación con las dinámicas sociales vinculadas a Cuba.

Existe otra idea de espera que también aparece cuando lo que se pretende es hablar de lo cubano. Esta segunda noción se relaciona con procesos sociales concretos, en torno a los cuales resulta más complejo establecer teleologías, aunque esto no implica que carezcan de planes y programas basados en expectativas. Se utiliza principalmente

en relación con aspectos de la vida práctica diaria y suele tener un alcance temporal más limitado. Los procesos de este tipo aparecen por lo general ya institucionalizados y se distinguen de las esperas esperanzadas en lo relativo a arquitectura operatoria. Si las esperas esperanzadas tienden a apuntar a fines difusos difícilmente alcanzables mediante operaciones conocidas, las esperas de esta segunda noción entrañan acciones basadas en planes y programas concretos, tendientes a alcanzar fines que se consideran posibles, precisamente porque implican ciertas operaciones conocidas. A este tipo de proceso lo hemos denominado como “esperas institucionales prolépticamente estructuradas”.

En lo relativo a su recurrencia, estos procesos están presentes en numerosos productos culturales, tomando forma objetiva en materiales de muy diversa índole. Desde esta perspectiva, encontramos alusiones a las esperas de Cuba en la música, la pintura, la danza, la escultura y el lenguaje popular, entre muchos otros ámbitos. A este tipo de espera hacía referencia, posiblemente sin ser consciente de ello, el cantante cubano William Vivanco, cuando en los primeros versos de “Alegrón”, una de sus canciones más conocidas, expresaba lo siguiente:

Tripeando con la vida va por esa Habana,
 quiere tener un día práctico.
 Pero se amanece en el veneno de los carros viejos clásicos.
 Presiento a esa gente que vive con menos
 solo alucinado una quimera,
 En medio del hechizo ha nacido el oficio, de la espera.
 Y la Habana quiere alegrón, almendrón. (2018)

La espera aquí no coincide con la versión aletargada, silenciosa, pasiva y quizás melancólica que Silvio Rodríguez y Carlos Varela reflejan en sus canciones. En el caso de Vivanco, sin eliminar por completo la dimensión esperanzadora, la espera se presenta como una vorágine de imágenes, sonidos, olores, acciones y relaciones, con-fundidas en dinámicas concretas que apuntan a metas específicas.

En este caso, la espera aparece como un “oficio”, una del hacer, más que ser, social cubano, envuelta en el reclamo festivo tan asociado a la isla. “La Habana quiere Alegrón”, pues el holgorio es también una forma de gestionar las esperas. En este sentido, se podría decir que la espera es más un modo del estar que del ser en Cuba.

Sería imposible abarcar todos los memes, caricaturas, sketches televisivos, publicaciones en redes sociales, canciones, obras pictóricas, dramatizaciones o trabajos literarios que han explorado este fenómeno en la última década. Por ejemplo, el cantante y compositor humorístico Alejandro García (Virulo) y el cantautor Kelvis Ochoa describen en tono metafórico y jocoso cómo funcionan las esperas operacionales

asociadas a algunas colas en Cuba. En su canción “El Tarzán de las colas” (2021), nos hablan de la espera como sigue:

Sale a las cinco en punto de la madrugada hacia el mercado donde suele ir a comprar mi vecinita y a esa hora tan temprana ya no puede ningún turno ella alcanzar.

Yo no me explico cómo llega tanta gente si hasta las cinco no se puede circular. Vienen volando todos juntos de repente y te dejan con las ganas de marcar. Es un misterio este tumulto sorprendente que no lo puede resolver ni Scotland Yard. (Mildrey Ruiz 2021)

Aquí, las esperas no aparecen circunscriptas a expectativas pasivas, lejanas o indeterminadas en el tiempo; sino a procesos activos, operacionales, donde los actores ejecutan acciones concretas en pos de fines establecidos. En este caso en particular, los procesos institucionalizados que se mencionan son las muy conocidas esperas en cola por productos esenciales.

Sin embargo, si tuviéramos que destacar un tipo de espera proléptica, claramente institucionalizada en Cuba, posiblemente una de las comentadas y reflejadas en la cultura popular serían las esperas por trámites burocráticos vinculados al Gobierno. Las alusiones a este fenómeno abarcan un amplísimo espectro de formatos y tópicos que van desde la cultura, el folklore, la idiosincrasia popular hasta la política. Estas esperas han sido tema recurrente en artículos periodísticos, obras literarias, documentos históricos, tratados filosóficos, obras de arte, entre muchos otros.

En el filme cubano *La muerte de un burócrata* (1966), de Tomás Gutiérrez Alea (Titón), uno de los clásicos de la cinematografía cubana e hispanoamericana, narran las vicisitudes que la espera por documentos burocráticos en Cuba hace padecer a una familia. Los trámites en concreto están relacionados con la viuda de un proletario destacado, quien espera cobrar la pensión laboral heredada tras la muerte del marido. Juancín, sobrino del occiso, tiene a su cargo la tarea, casi imposible, de realizar el viacrucis por incontables oficinas, departamentos y burós de atención al público para completar una serie de documentos requeridos.

Todos estos espacios de espera están poblados por funcionarios institucionalizados que, parapetados tras firmas, cuños, modelos y procesamientos, viven vidas paralelas, ajenas completamente a su actividad laboral. La actividad de estos actores consiste, básicamente, en vehicular los sujetos que esperan de una estación dentro del proceso a otra, encadenando un ciclo de lugares de espera que terminan justo al inicio del ciclo.

Como el cine, la literatura también va dando buena cuenta de estas esperas. Entre otros muchos ejemplos, podemos mencionar el cuento “El trámite”, del escritor cubano Salvador Salazar, publicado en el libro *La pausa. Relatos de la Cuba inmóvil* (2022), que empieza como sigue.

Nada resulta menos placentero que una cola en un parque de la Víbora, sobre todo [...] si hace frío, y [...] te estás meando [...] Alguien pregunta el último [...] Y yo, prosaicamente, me estoy meando [...] Mala mía, porque me desperté a las cinco de la mañana para marcar en la cola, ya son las diez y desde ese entonces no voy al baño. Pero el esfuerzo valdrá la pena. Estoy entre los cinco primeros de la cola, e incluso tuve la previsión de preguntar a mi antecesor detrás de quién iba; así que tranquilo, a esperar a que abra la oficina para efectuar mi trámite. (121-122)

En este extracto, Salazar recorre cada una de las dimensiones de la espera (tiempo, espacio y operaciones) y aborda los múltiples matices que distinguen institucionalmente al fenómeno en Cuba. Esta característica se refleja ya desde el inicio, donde se apuntan particularidades de las instituciones sociales tales como su dimensión axiológica (“Nada resulta menos placentero que una cola”), su normatividad (“Alguien pregunta el último...”), su sintaxis morfológica (“Estoy entre los cinco primeros de la cola, [...] así que tranquilo, a esperar a que abra la oficina para efectuar mi trámite”), su ceremoniosidad (“me desperté a las cinco de la mañana”) y sus lógicas y regulaciones procesuales internas (“tuve la previsión de preguntar a mi antecesor detrás de quién iba”).

Sobre este tipo de utilización de la idea de espera, algunos autores han considerado que buscan ocultar aspectos negativos y defectos ontológicos en la naturaleza del ser de lo cubano. Entre los que sostienen esta visión, se encuentra, por ejemplo, el historiador Rafael Rojas, quien considera que las alusiones al ambiente festivo de la espera en Cuba, en un sentido similar al que Vivanco evoca en su música, solo buscan evadir de maneras poética la muy problemática, y acaso más bien trágica, realidad social de la isla:

En la cultura cubana [...] el arte de la espera se ha vuelto un oficio recurrente. [...] [L]os ciudadanos viven de la espera: aguardan un cambio, para ellos indiscernible, cuyos desconocidos efectos no siempre compensan o alivian su malestar diario. Esta domesticación de la espera tiene alguna ascendencia en la doble raíz, española y africana, de la cultura insular. Proviene del viejo legado de la vagancia y la apatía, de la dejadez y el estoicismo, de la paciencia y el juego, de la vocación utópica y el nefasto binomio paternalismo-infantilismo, de la mística y la fantasía; en dos palabras, del choteo y la gozadera. (Rojas 1998, loc. 2190-95)

Este tipo de análisis sicologista se suele plantear desde coordenadas axiológicas que atribuyen a las esperas una connotación negativa como distinción específica. Es decir, estos procesos serían, por su propia naturaleza, necesariamente perjudiciales para los sujetos implicados. Aquí radica buena parte del interés, tanto literario como académico-científico, que las esperas presentan, pues se consideran como fenómenos que convendría evitar o ayudar a que otros eviten.

Nuestra posición respecto a este tema es completamente distinta a la anteriormente mencionada. Tal y como entendemos las esperas institucionalizadas prolépticamente estructuradas, estas no tienen por qué ser axiológicamente negativas, ni positivas, al menos inicialmente. Su clasificación axiológica dependerá de múltiples factores relacionados con las prolepsis, los planes y programas que guían las operaciones implicadas, y el sentido que les otorgan los actores en cada caso.

Si bien reconocemos que muchas esperas o esperanzas en Cuba tienen connotaciones axiológicas negativas en la representación social, e incluso una teleología que gira en torno a su superación o trascendencia, no consideramos que esta característica sea un rasgo distintivo absoluto de estos procesos. Aun así, hay algo en lo que Rojas (2014) sí acierta en sus planteamientos, y es en señalar al humor, “al choteo”, la burla, la mofa social como un muy buen ámbito hacia donde mirar si se quieren analizar las esperas en Cuba. Esto es particularmente cierto en lo relativo a las esperas institucionales prolépticamente estructuradas. Al menos en este contexto, y sobre todo en los últimos diez años, los materiales existentes indican que son los formatos humorísticos (escritos, visuales, audiovisuales y digitales) los que con más tino y en mayor cuantía han sabido caracterizar los procesos institucionalizados de espera proléptica.

Las ideas que se tienen sobre las esperas se reflejan en el ejercicio descriptivo material utilizando el choteo cubano mencionado por Rojas como arquitectura expositiva. Este mecanismo, lejos de constituir una falencia, como considera el historiador cubano, presenta, a nuestro juicio, un valor muy superior a los intentos existentes de analizar formalmente las esperas en Cuba en sentido general.

Los procesos de espera material que tienen lugar en la isla se distancian de cualquier interpretación metafísica o abstracta aparecida en las investigaciones académicas. Al particularizar la exposición anclándola en procesos concretos y reales, tanto Salazar como Titón y el resto de los autores citados evitan el tratamiento de las esperas en el sentido amorfo y abstracto que se suele utilizar cuando se habla de estas de manera general, lo cual imposibilita el abordaje objetivo de las complejíssimas aristas

que estos fenómenos entrañan. De aquí que consideramos que son los materiales artísticos y literarios, tanto aficionados (populares) como otros de mayor elaboración profesional, los que mejor han reflejado las esperas en Cuba, sobre todo, su carácter operacional e institucional.

En otras palabras, podemos afirmar que estos tratamientos, que podríamos calificar de materiales, resultan mucho más precisos, quizás sin proponérselo, que otros en los cuales el análisis se enfoca en la espera como fenómeno de la realidad cubana. En lo que sigue, veremos algunos ejemplos de casos donde el análisis de las esperas en Cuba se plantea de manera formal. En otras palabras, el objetivo es trascender los procesos concretos y específicos, proponiendo una construcción teórica general que describa o analice, aunque sea parcialmente, el fenómeno de la espera social en Cuba.

Las esperas operacionales y las esperas esperanzadas en Cuba. Aproximaciones formales y sus características

Anteriormente, analizamos dos tipos de ideas de espera que apuntan a fenómenos sociales distintos en Cuba. La primera se refiere a la espera como esperanza secularizada, mientras que la segunda aborda casos en los cuales los fenómenos considerados como esperas se presentan como procesos operacionales con un referente o finalidad concreta y definida. En la mayoría de estos casos, independientemente de la idea de espera que se utilice, el objetivo es casi siempre describir fenómenos reales que tienen cierta presencia en las representaciones sociales en Cuba.

Tal como observamos, en la mayoría de estas alusiones no se pretende realizar un análisis “formal” de las características ontológicas de la espera como fenómeno, sus orígenes o sus consecuencias últimas. A lo sumo, el término o la idea de espera se utiliza como un elemento más dentro de una estructura narrativa que busca mostrar o analizar un acontecimiento dado de la realidad social de la isla.

Sin embargo, este enfoque material no es el único que encontramos al estudiar el fenómeno de las esperas en Cuba. En este contexto, es posible además hallar abordajes que podríamos denominar como formales, ya que constituyen reflexiones acerca del acto de esperar mismo, que van más allá de sus manifestaciones particulares, reflexionando, en segundo grado, sobre el fenómeno en sí mismo. Aquí se busca comprender la espera no solo como un elemento descriptivo dentro de una narrativa, sino como una categoría (una forma) de la realidad, en este caso cubana, que merece ser examinada en sus implicaciones filosóficas, culturales y sociales más amplias.

Este tipo de análisis ha estado más presente en relación con procesos de espera esperanzada que con aquellas esperas prolépticas institucionalizadas. Generalmente, este enfoque se ha caracterizado por tener como telón de fondo la evolución sociohistórica de la isla y su pueblo. Un ejemplo notable de esto es el libro *El arte de la espera: Notas al margen de la política cubana*, del historiador cubano-norteamericano Rafael Rojas, quien atribuye a la espera (esperanzada) un papel crucial en la formación de la identidad nacional cubana. Rojas resalta varios ejemplos que ilustran este punto, entre ellos la observación de que “José Lezama Lima, Gastón Baquero y Cintio Vitier, tres poetas con una moral estoica han enfatizado el significativo detalle de que el primer libro cubano tenga por título Espejo de paciencia” (Rojas 1998, loc. 2197).⁴

Rafael Rojas sostiene que la “actitud de espera” en la historia de Cuba presenta cualidades místicas, similares a las de algunas sociedades cristianas teocráticas pasadas, donde la espera de la comunión con el rey y con Dios a través de acciones heroicas, ofrendas espirituales o sacrificios personales era un principio moral esencial. Rojas destaca que en este contexto el resultado providencial siempre es positivo, superando las dificultades terrenales, y la espera (esperanzada) nunca concluye en una situación peor que la enfrentada durante el período que se atraviesa mientras se aguarda.

En el texto se examina además cómo la espera se manifiesta en diversos aspectos de la cultura cubana, destacando especialmente la gráfica y la cuentística vernácula como sus principales medios de expresión. Un ejemplo que ilustra este punto en el texto lo encontramos en el chiste cubano que circuló durante la visita de Mijaíl Gorbachov a Cuba en 1989. En ese momento, Gorbachov promovía la perestroika y buscaba convencer a Fidel Castro de sus beneficios. Rojas relata que, en la despedida, justo cuando Gorbachov estaba por abordar su avión, Castro le susurró: “Como ve, camarada Mijaíl Serguéievich, aquí no estamos ni estaremos en la perestroika, aquí estamos y estaremos en la espera estoica” (Rojas 1998, loc. 2156).

Aquí se busca ilustrar la resistencia de Cuba, o de su Gobierno, a adoptar cambios rápidos que transformen la realidad social de la isla, prefiriendo una actitud de espera prolongada y deliberada. Esta idea también se encuentra en otra parte del libro, donde se dice lo siguiente en la relación con el pueblo de Cuba:

[V]ive esperando que alguien [...] haga algo. Fidel Castro y la línea dura del Partido Comunista viven al acecho de un milagro internacional que resucite a la Unión Soviética; los reformistas del gobierno esperan que Fidel Castro se decida a delegar [...] una pequeña porción de su inmenso poder; el exilio

⁴ “Espejo de paciencia” es un poema épico escrito por Silvestre de Balboa en 1608 y es considerado como la primera obra conocida de la literatura cubana (Marrero-Fuente, 2019).

moderado desea que La Habana llegue a un entendimiento con los Estados Unidos; la derecha del exilio aguarda por que las Fuerzas Armadas den un golpe de Estado o que alguno de sus colaboradores cercanos asesine al dictador; Washington espera que el pueblo se levante contra el gobierno; la Unión Europea y América Latina hacen votos para que Fidel Castro pueda encabezar un tránsito gradual a la democracia y la economía de mercado, que les permita seguir invirtiendo en Cuba, sin la poderosa competencia de los Estados Unidos. (Rojas 1998, loc. 2204)

En el fragmento, se subraya que no solo el pueblo cubano está inmerso en una espera, sino que esta actitud también afecta a otros actores internacionales vinculados de diversas maneras con la isla. Esto genera incertidumbre sobre si la espera es una consecuencia directa del desarrollo sociohistórico de Cuba o si la isla se ha visto involucrada en este proceso de manera accidental, debido a eventos o acciones específicos que sucedieron en un momento determinado. En otras palabras, la espera se considera un fenómeno unívoco y formalmente discernible, que puede estar relacionado con múltiples situaciones, fenómenos o procesos de cualquier realidad.

Este mismo concepto o noción de espera es el que utiliza Slavoj Žižek al hablar de la espera en Cuba, aunque desde un posicionamiento teórico e ideológico distinto al de Rojas. En *Bienvenidos al desierto de lo real* (2002), analiza “la paradoja básica” de las revoluciones en la era del capitalismo global, asociada al “inmovilismo social” en el que estas incurrían, como una característica recurrente (Žižek 2002, 9). El caso de Cuba se utiliza precisamente como ejemplo ilustrativo de esta estática, destacando cómo, a pesar de los cambios y movimientos revolucionarios, algunas sociedades permanecen en una especie de parálisis o estancamiento prolongado, reflejando un ciclo continuo de espera sin avance significativo hacia transformaciones profundas.

Citando a Walter Benjamin, quien definía el momento mesiánico como una *Dialektik im Stillstand*, una dialéctica en suspensión, donde la vida queda suspendida a la espera del acontecimiento mesiánico; Žižek argumenta que Cuba experimenta una especie de tiempo mesiánico en negativo. Allí, nos dice, se ha producido una suspensión social en la que el “fin de los tiempos está cerca” y todo el mundo espera el milagro de lo que sucederá cuando muera Castro y el socialismo se hunda. (Žižek 2002, 10).

Una vez más, la espera es considerada una categoría perfectamente definible por abstracción, es decir, con independencia de los contextos, dado que sus contornos, especialmente los temporales y experienciales, estarían claramente establecidos. Este enfoque también lo adopta el sociólogo cubanoamericano Alejandro Portes, quien, al ser consultado sobre la situación en Cuba en los primeros años del siglo XXI, expresa lo siguiente: “[la isla] está completamente estancada en una especie de espera por años

[...] [con Donald Trump al frente de la Casa Blanca] hemos vuelto a la posición intransigente: han cerrado a Cuba, y el país se queda en un compás de espera, porque no sabe qué hacer” (Martín Rodrigo 2019).

Como se puede observar, en todos estos casos, la espera mencionada es más bien un tipo de esperanza despojada de su connotación religiosa, aunque quizás no completamente. Si bien no se espera la bienaventuranza del mesías, esta espera no presenta un grado mayor de probabilidad ni una racionalidad asociada que la diferencia significativamente de la interpretación manejada por el dogma cristiano. La diferencia radica en que, en esta espera, el “acontecimiento” divino (*kairós*) se ha transformado en un acontecimiento histórico o “revolucionario”, pero manteniendo su carácter aureolar y quizás salvífico. Esta Historia, escrita con mayúscula, se aproxima más al espíritu absoluto de Hegel que a la concatenación de dinámicas concretas, espacial y temporalmente localizadas, llevadas a cabo por sujetos sociales e históricos específicos.

En relación con lo anterior, Žižek agregaría:

En Cuba, las renunciaciones se experimentan/imponen como la prueba de la autenticidad del acontecimiento revolucionario [...]. [L]a contrapartida del acontecimiento es la creciente inercia de la vida y el ser sociales: un país congelado en el tiempo...]. Las casas en ruina son la prueba de la fidelidad al acontecimiento. No resulta extraño que la iconografía revolucionaria de la Cuba actual esté llena de referencias cristianas: los apóstoles de la revolución, la elevación del Che a una figura similar a Cristo, el Eterno (“lo eterno” es el título de una canción de Carlos Puebla dedicada a él): cuando la eternidad interviene en el tiempo, el tiempo queda en suspensión. (2002, 11)

Para el análisis de esta espera, entendida como una esperanza secularizada y específicamente vinculada a Cuba, anteriormente propusimos la categoría de esperanza “teológicamente invertida”. La propuesta de inversión teológica de Gustavo Bueno (1972a) nos permite comprender este fenómeno desde la perspectiva de una esperanza que se ha transformado en una espera (esperanzada) secular, resultado de un mestizaje conceptual con una extensa trayectoria histórica, la cual no podemos explorar completamente en este trabajo.⁵

Esta perspectiva permite distinguir entre las esperas entendidas como esperanzas secularizadas y otros tipos de procesos que, sin negar posibles coordinaciones con la idea de esperanza en su sentido más dogmático, presentan

⁵ La interconexión entre los términos “espera” y “esperanza”, así como sus diferencias, no son invenciones o descubrimientos originales de nuestra parte, otros autores también han percibido y abordado esta cuestión. Para un análisis exhaustivo de estas interrelaciones, ver Ávila Castellanos (2023b).

diferencias claras con aquellas. Al clasificar la espera/esperanza como esperanza secularizada o “teológicamente invertida”, no estaríamos más que esclareciendo distinciones intuitivas por algunos de estos mismos autores, aunque no se ofrezcan por ellos mecanismos claros de delimitación. El propio Rafael Rojas, sin ir más lejos, hace referencia a estas diferencias cuando apunta:

Esta fusión entre los estados de la espera y la esperanza se rearticula en el comunismo. La interpretación cristiana de Marx que hizo Ernst Bloch es un buen ejemplo de cómo la escatología feliz de los Padres de la Iglesia es traducible al esquema optimista de la historia concebido por el marxismo. Sin embargo, en la modernidad, que es un orden sumamente pagano, se establece una clara distinción entre la esperanza y la espera. (Rojas 1998, loc. 2163)

En afirmaciones posteriores, Rojas hace alusión a la obra de teatro *Esperando a Godot* de Samuel Beckett (1998), que considera como, “quizás, el texto que mejor ilustra ese deslinde entre esperanza y espera impuesto por la modernidad” (Rojas 1998, loc. 2176). Según el autor, Beckett retrata el acto de esperar como lo contrario de la esperanza, refiriéndose a ello como un “pecado teologal”.

Rojas comparte aquí la opinión de Eligio Restá (1996), quien afirma que la espera es una experiencia despojada de toda certidumbre. Describe la espera como una actitud vaciada de representaciones del futuro y despojada de toda certidumbre. El “esperante”, según Rojas y Restá, sobrevive poco más que en una oquedad de significados, con el tiempo, casi siempre perdido, como su principal protagonista. A diferencia del que está esperanzado, el que espera no aguarda algo edificante o redentor, sino que sobrevive en una oquedad de significados y en un abandono desértico que es fundamental en la formación de la historia (Rojas 1998, loc. 2169).

Analizado desde nuestras coordenadas teóricas, la posición que adoptamos ante las esperas es exactamente contraria a la expresada por Rojas y Restá. De aquí la importancia que venimos observando de establecer distinciones claras entre los fenómenos a veces clasificados como esperas. La perspectiva teórica que manejamos permite afirmar que es la esperanza teológicamente invertida, y no la espera, la que hace que los sujetos esperen “vaciados” o “despojados” de toda certidumbre. Según nuestro criterio, para que un proceso de espera sea considerado como tal, debe contar necesariamente con un referente o fin, es decir, una finalidad clara y concreta. En otras palabras, el objetivo final al que se refieren, hacia donde apuntan las operaciones pertinentes que los sujetos inmersos en el proceso realizan.

En las esperas, el referente (su fin) debe ser no solo conocido, sino que deberá estar prolépticamente alineado con planes y programas trazados por los actores que

esperan alcanzarlo. Esto significa que debería poder coordinarse con procesos y fines similares a través de la memoria o el recuerdo. No importa si estos procesos fueron vividos o simplemente son conocidos por los sujetos que están a la espera. Lo importante es que funcionen como experiencias comparables con la que se está atravesando en un momento dado del presente.

Desde esta perspectiva teórica, los personajes Vladimir y Estragón en *Esperando a Godot* no están, propiamente, esperando nada concreto. Estos no saben exactamente qué esperan, desconocen cuánto tiempo estarán esperando, qué pueden hacer o dónde deben hacerlo para que el proceso termine satisfactoriamente. En su caso, la espera relatada estaría más cerca de una situación de limbo que de una espera, considerada en los términos categoriales que manejamos. Dadas las características del proceso descrito en la obra, a los personajes les resultaría imposible trazar planes y programas concretos, o estructurar cadenas operativas basadas en experiencias conocidas o vividas, para alcanzar el referente de su espera, ya que ni siquiera este fin está claro para nuestros héroes.⁶

Es por esta razón que afirmamos que cuando se emplea el término “espera” en relación al ámbito político, debe hacerse con gran cautela. No es que sea imposible identificar procesos de espera vinculados a la política, pero es crucial analizarlos de manera detallada y específica para lograr un enfoque objetivo. Desafortunadamente, en el caso de Cuba, predominan análisis abstractos y de amplio alcance, donde no se especifica quiénes esperan exactamente, qué esperan, cuándo creen que terminará ese proceso, ni qué están haciendo o pueden hacer para que esto ocurra.

Cuando no se pueden definir elementos como los referentes, referenciales, planes y programas concretos, no creemos que podamos decir que estamos frente a esperas propiamente dichas. En todo caso, estaríamos ante procesos o situaciones que difieren de las esperas, al menos de aquellas que pueden ser analizadas categorialmente (es decir, científicamente). La revisión de múltiples materiales relacionados con Cuba muestra que, en muchos casos, se emplea el término “espera” para describir situaciones de otro tipo, tales como tedios, limbos, períodos de aburrimiento y, especialmente,

⁶ Cabe mencionar que, aunque no compartimos los criterios de muchos de estos autores en relación con la clasificación empleada en los procesos de espera, debemos reconocer que, al menos en los casos de Rojas (1998) y Resta (1996), ambos perciben dos fenómenos distintos al referirse a la esperanza (teológicamente invertida) y la espera (prolépticamente operacionalizada). El problema radica en que estas diferencias no son claramente explicadas más allá de la dimensión axiológica o psicológica del proceso.

contextos donde predominan las esperanzas sociales más que las esperas operacionales concretas.

Aun así, debemos señalar que el análisis formal de las esperas no ha girado únicamente en torno a procesos “esperanzados”, utilizando nuestra terminología. También existen enfoques en los cuales la reflexión formal sobre las esperas se ha basado en procesos prolépticamente más estructurados. En este sentido, estas esperas suelen abordarse con la intención de exponer, críticamente a veces, aspectos de la realidad social general de la isla, en cuyo análisis es necesario detallar qué se entiende por una “espera” para incluir dentro de esta categoría los fenómenos que se analizan. A diferencia de los enfoques formales anteriormente expuestos, aquí la deliberación se centra en procesos de mayor actualidad, donde es posible observar dinámicas operacionales específicas, asentadas en un tiempo y espacio concretos.

Con respecto a esto, algunos autores han abordado esperas puntuales dadas en la cotidianidad de grupos e individuos sociales. Estos tratamientos, a nuestro parecer, han mostrado con mayor agudeza cómo las manifestaciones materiales de estos procesos, por regla general, implican al tiempo, las operaciones y exigen la ocupación de un espacio específico por parte de quienes se ven implicados en ellos.

Este tipo de abordaje se acerca más a la teoría que manejamos sobre las esperas sociales, las cuales en ningún caso pueden analizarse de manera abstracta, es decir, dando por hecho similitudes entre procesos que son materialmente distintos. De aquí nuestra insistencia en hablar de las esperas, en plural, y no como un fenómeno singular que se manifiesta en una multiplicidad de formas en el ámbito social. Un caso llamativo de este tipo de tratamiento lo encontramos en una disputa intelectual que tuvo cierta repercusión en el ámbito hispanoamericano a principios del siglo XXI.⁷ En este texto, quien es quizás el escritor cubano vivo más conocido internacionalmente, expresa lo siguiente:

Algunos escritores y pensadores cubanos han reflexionado sobre la agobiante presencia de la espera en la historia y la vida cotidiana del país. El hecho de que desde la cristalización de la nacionalidad, en el siglo XIX, los cubanos siempre tuviéramos que esperar del futuro la llegada de algo que nos completara o que nos aliviara (la independencia política, un mejor gobierno, el desarrollo económico, etc.), hizo de esa

⁷ En 2014, un grupo de escritores, investigadores e intelectuales cubanos e hispanoamericanos debatieron sobre la espera en Cuba tras la publicación del artículo “La inercia de la espera sin horizontes” en un blog posiblemente vinculado a Leonardo Padura. En él, el autor plantea que los cubanos viven en un estado perpetuo de espera, posiblemente debido a la estructura sociopolítica de la isla (Autor de Kaos 2014, 2008).

vigilia del porvenir una actitud tan visceral que muchas veces se tornó inconsciente y se integró como una parte armónica del carácter nacional: casi todos los cubanos, al margen de credos políticos, sociales y religiosos, hemos vivido, y vivimos, a la espera de algo. Quizás el mejor modo de ver cómo y cuánto se ha integrado la espera al subconsciente cubano está en la paciencia infinita que hemos desarrollado para resistir las colas que durante cincuenta años hemos debido realizar para cada uno de los actos de la vida cotidiana, aunque la verdadera coronación de la espera como actitud vital se puede observar en la extendida práctica de aniquilar el tiempo con el que tantos cubanos gastan sus horas en cualquier sombra propicia, a la espera de algo (tal vez caído del cielo) que les mueva la vida (Autor de Kaos 2014, 2008).

Afirmaciones como la anterior provocaron una avalancha de comentarios y reflexiones, repartidas entre apoyos y críticas, publicadas en multiplicidad de medios digitales e impresos. De entre todas, destacaron la serie de artículos publicados en el portal rebellion.org, bajo el título “Los cubanos y la espera”, donde se criticaban las posturas de Padura con argumentos como los siguientes:

¿solo los cubanos vivimos esperando? [...] O sea, el lector debe entender que fuera de Cuba el mundo no está lleno de pobres que esperan ser ricos, de no blancos que sueñan con ser blancos, de gordos que hacen lo indecible por ser flacos, [...] y un larguísimo etcétera. [...]

El ejemplo invocado de la paciencia de los cubanos para hacer colas [...]. Tal vez en otros lugares hay menos colas [...], porque los precios se encargan de construir pirámides de consumidores. [...] Podría ser finalmente que las colas cubanas sean el resultado de la combinación entre pobreza tercermundista y voluntad política de distribución equitativa. Por lo demás, muchas personas [...] [con] conocimiento profundo de los Estados Unidos de América afirman [...] que no hay país en el mundo en que se hagan más colas (ni más organizadas, ciertamente) que en la gran nación [...]. Similar fenómeno ocurre con la burocracia: [...] no es posible hablar de burocracia sin mencionar al Reino Unido en primer lugar [...]. La burocracia cubana, aseguran, es apenas un chiste al lado de aquellas. (Avalus 2009)

Más allá del contenido de la polémica, lo relevante para este trabajo es que ambos textos, a pesar de sus enfrentadas posiciones ideológicas, comparten una estructura conceptual similar en cuanto a la espera. En ambos se identifican procesos que podrían clasificarse como esperanzas secularizadas y se mencionan esperas prolépticamente operacionalizadas, siendo este último aspecto nuestro principal interés.

Ambos enfoques parecen asumir que no hay distinción entre las distintas situaciones de espera. Sin embargo, es interesante que predominen referencias a procesos de espera operacional institucionalizados, adecuados para un análisis categorial

como el que proponemos. Las diferencias entre las posturas parecen centrarse en las consecuencias y los orígenes ontológicos de la “Espera” del “Pueblo de Cuba”, aunque coinciden en las representaciones materiales de este fenómeno.

En la primera de las posturas, la de Padura, se plantea que los cubanos esperarían mayormente por razones vinculadas al Gobierno y a la política, incluso en situaciones que, a primera vista, no parecen políticas. Según este autor, el Gobierno asumiría un papel activo y generador de los procesos de espera, en contraste con “el Pueblo” (expresado así, sin matices), que ocuparía un rol más pasivo. Desde nuestro marco analítico, se podría interpretar que Padura coloca al Gobierno en una posición convexa, mientras que “el Pueblo” se ubicaría en la posición cóncava de este tipo de proceso.

En contraposición a la postura de Padura, la perspectiva alternativa sugiere que el propio Gobierno cubano es uno más entre los actores que participan en la espera generalizada de Cuba o de su “Pueblo”. En este enfoque, el Gobierno cubano se integra en el espacio cóncavo del proceso, actuando como un sujeto social más que también espera. De este modo, el espacio convexo queda reservado para fuerzas telúricas de carácter histórico, político y transnacional o global. Esta visión sugiere que el Gobierno no solo no impulsa la espera, sino que también la padece. Con lo cual estaría sujeto a las mismas dinámicas y fuerzas, siempre externas, que afectan al conjunto de la sociedad cubana.

A pesar de las diferencias en ambos enfoques, lo que nos interesa destacar aquí es que ambos comparten una misma concepción de espera, marcada por la operatoriedad a la que hemos hecho referencia. A pesar de cierta confusión conceptual, es notable que ambas perspectivas reconocen los espacios, los tiempos y el accionar permanente de los procesos de espera social en Cuba. Estas posturas confrontan la noción común sobre la pasividad de las esperas en relación con los cubanos, tal y como se refleja en los textos de autores como Slavoj Žižek y Rafael Rojas que hemos analizado con anterioridad.

Independientemente de la postura de los polemistas, lo que resalta es que la espera en Cuba no constituye un proceso estático o un fenómeno aislado, sino que se revela a través de múltiples y variadas situaciones. Según la tesis que defendemos, esta pluralidad de las esperas no sería una particularidad exclusiva del entorno social cubano, ya que toda sociedad presenta, en su propia medida y ajustada a sus características, incontables procesos de esperas que, una vez institucionalizados, toman parte del tejido institucional y social de maneras diversas.

Todos estos procesos implican una multiplicidad de actores, tanto grupales, individuales como organizacionales, imposibles de abarcar con una sola idea o de manera singular. De ahí que, en el caso cubano, como en cualquier otro, sea más pertinente hablar de “las esperas”, en plural, antes que de un único fenómeno que varía únicamente en su morfología externa, pero que formalmente sigue siendo uno y el mismo.

En resumen, los análisis formales de los procesos de espera social en el contexto cubano han mostrado predominantemente una concepción lisológica, es decir, amorfa y abstracta. Estos análisis tienden a vincular metafísicamente la espera con términos categorialmente indeterminados como “Cuba” o “los cubanos” que esperan. En la mayoría de estas aproximaciones, rara vez se distingue claramente por qué o por quiénes se espera, ni se identifican con precisión los grupos, clases, organizaciones o estratos involucrados en la espera y cómo se diferencian de otros.

Solo ocasionalmente se mencionan aspectos internos de estos fenómenos; es decir, raramente se intenta establecer una teoría que explique y sistematice el fenómeno de la espera analizado. En estos casos, el enfoque se dirige principalmente a aspectos temporales de estos procesos, y en menor medida, a los aspectos espaciales u operacionales que las esperas invariablemente presentan.

Cabe destacar, sin embargo, que aunque predominan las esperas que constituyen más bien esperanzas secularizadas, difíciles de comprender categorialmente, existen algunos casos donde el análisis formal ha incluido otras esperas que podríamos calificar de procesos institucionalizados, prolépticamente estructurados.

Conclusiones

Considerando lo expuesto anteriormente, llegamos a la conclusión de que en Cuba las esperas no son percibidas como fenómenos esporádicos, emergentes o accidentales, sino como materialidades objetivamente reconocibles del contexto social. Afirmamos, basándonos en las categorías utilizadas, que muchas de estas esperas constituyen verdaderas instituciones sociales.

Es precisamente esta institucionalidad que muchas esperas en Cuba poseen la que nos permite proponer que su estudio se aborde a través de categorías, términos y conceptos propios del análisis de las instituciones, como plantean tanto la sociología como la antropología cultural. Este enfoque teórico se diferencia de los comúnmente empleados para analizar las esperas, no solo en el contexto cubano, sino en general, en

cuanto se aleja de su concepción como meros estados psicológicos o fenómenos temporales para adentrarse en su análisis como procesos sociales objetivos.

Por otra parte, identificamos al menos dos concepciones distintas de las esperas en Cuba. La primera considera lo que nosotros clasificamos como esperanzas secularizadas. Estas aparecen mayormente vinculadas al ámbito del devenir histórico, político y sociocultural de la isla. La segunda entiende las esperas como procesos operacionalmente prolépticos y específicos, presentes en una amplia gama de ámbitos de la vida social y cultural de la cotidianidad en Cuba.

Conceptualmente hablando, argumentamos que es imposible abordar adecuadamente la espera en Cuba desde las coordenadas actuales, es decir, sin definir claramente los bordes gnoseológicos del fenómeno, tanto en su estructura interna como frente a otros fenómenos similares. Esta distinción es clave para entender las esperas en el análisis de la realidad social, tanto cubana como de cualquier otro contexto, donde a menudo se confunde la espera con formas de esperanza más abstractas y filosóficamente más complejas.

La espera como esperanza secularizada asociada al “Pueblo de Cuba” desborda el campo gnoseológico de las ciencias sociales, pues atraviesa además otros campos del saber simultáneamente que difícilmente pueden ser analizados desde una perspectiva categorial. En este sentido, la espera se trata más como una idea que como un concepto, una licencia permitida dentro de la literatura y algunas filosofías espiritualistas, donde es posible referirse a los fenómenos con tal grado de abstracción. Esta idea de espera esperanzada, aunque útil en la poética, artes, periodismo o propaganda política, resulta poco práctica en las ciencias sociales y humanas. Mediante esta, no es posible establecer categorizaciones claras de fenómenos sociales materiales, ni agrupar o diferenciar fenómenos concretos de la realidad vinculados a procesos de espera.

Los procesos que podríamos correctamente clasificar como esperas que tienen lugar en el contexto cubano suelen caracterizarse por un nivel de concreción material muy elevado, manifiesto en una diversidad tal que es imposible hacerlo certeramente desde categorías ambiguas. Analizar fenómenos sociales tan complejos siempre demanda un ejercicio esclarecedor y distintivo. Las esperanzas secularizadas, si bien no se niega que puedan estar presentes en el contexto cubano, no pueden abarcar la totalidad de los procesos clasificados de espera en Cuba. Para este ejercicio, se impone una perspectiva que entienda y abarque la pluralidad de procesos, muchas veces distintos entre sí, a los que se los etiqueta como esperas, sin que establezcan razones para esta clasificación. En una palabra y para concluir, ni Cuba espera nada ni el pueblo de Cuba

está estancado en la espera, porque tanto la nación cubana como su pueblo y hasta la espera son, más que fenómenos singulares, ideas plurales que engloban múltiples componentes y variantes, que no se agotan un solo término o categoría.

Obras citadas

- Armengol, Alejandro. 2015. "Maestros de la espera". *Cuba Encuentro*, 18 de mayo. <https://www.cubaencuentro.com/opinion/articulos/maestros-de-la-espera-322840>.
- Autor de Kaos. 2008. "La inercia de la espera sin horizontes". *Kaos en la Red*, 17 de septiembre. <https://archivo.kaosenlared.net/la-inercia-de-la-espera-sin-horizontes/index.html>.
- Avalus, Darel. 2009. "Los cubanos y la espera". *Rebelión*, 17 de enero. <https://rebellion.org/los-cubanos-y-la-espera/>.
- Ávila Castellanos, Duzan D. 2023a. "Waiting as Institution. Notes for an Institutional Analysis of Human Waiting Processes from a Discontinuous Materialism Perspective". *Palimpsesto* 13, num. 22, 46-65. <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/palimpsesto/article/view/6200/26004551>.
- Ávila Castellanos, Duzan D. 2023b. "From the Times of Hope to the Times of Labour: Sociological Notes on the Christian Origins of the Contemporary Idea of Waiting". En *Environmental Hope: Socio-Anthropological Approaches to Religion in the COVID-19 Pandemic*, editado por David W. Kim. Lanham: Lexington Books.
- Beckett, Samuel. 1998. *Waiting for Godot*. London: Faber & Faber.
- Björk, Kristofer, Berit Lindahl e Isabell Fridh. 2019. "Family Members' Experiences of Waiting in Intensive Care: A Concept Analysis". *Scandinavian Journal of Caring Sciences* 33, Issue 3, 525-539.
- Brun, Cathrine. 2015. "Active Waiting and Changing Hopes toward a Time Perspective on Protracted Displacement". *Social Analysis* 59, Issue 1, 19-37.
- Bueno, Gustavo. 1972a. *Ensayo sobre las categorías de la economía política*. Barcelona: La Gaya Ciencia.
- Bueno, Gustavo. 1972b. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus.

- Correa, Verónica, Idenilso Bortolotto y Alain Musset, eds. 2013. *Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago*. Santiago: Uqbar Editores.
- Cubaque, Manuel. 2020. "Para la espera, el nuevo álbum de Silvio Rodríguez". *Estereofónica*, 12 de mayo. <https://estereofonica.com/musica/playlist/para-la-espera-el-nuevo-album-de-silvio-rodriguez/>.
- Eyerman, Ron, Jeffrey C. Alexander y Elizabeth B. Breese. 2015. "Narrating Trauma: On the Impact of Collective Suffering". En *Narrating Trauma: On the Impact of Collective Suffering*. <https://doi.org/10.4324/9781315633329>.
- García, Iván. 2018. "Los cubanos sobreviven a la espera de un milagro". *Diario Las Américas*, 19 de octubre. <https://www.diariolasamericas.com/americas-latina/los-cubanos-sobreviven-la-espera-un-milagro-n4164684>.
- Gray, Kevin. 2009. "Property in a Queue". En *Property and Community*, editado por Alexander Gregory y Eduardo M. Peñalver, 165-196. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195391572.003.007>.
- Hage, Ghassan, ed. 2009. "Introduction". En *Waiting*, editado por Ghassan Hage, 1-14. Melbourne: Melbourne University Press.
- Leal, Yaneli. 2022. "La Giraldilla, un símbolo de espera". *Diario de Cuba*, 20 de noviembre. https://diariodecuba.com/cultura/1668946554_43578.html.
- Lindón, Alicia. 2019. "Imaginario Urbanos De La Espera, Temporalidades Y Territorializaciones". En *Ciudades (in)Descifrables. Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano*, editado por Paula Vera, Ariel Gravano y Felipe A. Aliaga Sáez, 41-62. Tandil: Editorial UNICEN/Bogotá: Ediciones USTA.
- Marrero-Fente, Raúl. 2019. "Classical Epyllion and Tropical Cornucopia in Silvestre de Balboa's Espejo de Paciencia". En *The Rise of Spanish American Poetry (1500-1700). Literary and Cultural Transmission in the New World*, editado por Rocío Cacho Casal y Imogen Choi, 239-252. Cambridge: Legenda.
- Martín Rodrigo, Inés. 2019. "Alejandro Portes: 'Hay que regular la entrada de inmigrantes, no puede ser caótica'". *ABC*, 18 de octubre. https://www.abc.es/cultura/abci-alejandro-portes-regular-entrada-inmigrantes-no-puede-caotica-201910180138_noticia.html.
- Merton, Robert K. 1968. *Social Theory and Social Structure*. New York: The Free Press.
- Mildrey Ruiz. 2021. "Virulo & Kelvis Ochoa - Tazán de las colas. Egrem 2020" [Video]. *YouTube*, 6 de abril. <https://www.youtube.com/watch?v=fB26dD2zzkc>.

- Palmer, Jane, Celmara Pocock y Lorelle Burton. 2018. "Waiting, Power and Time in Ethnographic and Community-Based Research". *Qualitative Research* 18, Issue 4, 416-432.
- Parra, Erica. 1970. "Chronotopic Juxtaposition in 'Añejo Cinco Siglos'/Yuxtaposición cronotópica en 'Añejo cinco siglos'". *Revista Encuentros* 11, núm. 2, 55-66.
- Pérez-Jara, Javier. 2022. "Discontinuous Materialism". En *Contemporary Materialism: Its Ontology and Epistemology*, editado por Gustavo E. Romero, Javier Pérez-Jara y Lino Camprubí, 109-154. Nueva York: Springer International Publishing.
- Pérez-Jara, Javier, Gustavo E. Romero y Lino Camprubí, eds. 2022. "What is Materialism? History and Concepts". En *Contemporary Materialism: Its Ontology and Epistemology*, 1-77.
- Resta, Eligio. 1996. "La violencia soberana". En *Soberanía: un principio que se derrumba. Aspectos metodológicos y jurídico-políticos*, coordinado por Roberto Bergalli y Eligio Resta, 13-33. Madrid: Paidós.
- Rodríguez, Bruno. 2022. "¡El Mundo Sería Mejor Sin Bloqueo!". *Granma*, 3 de noviembre. <https://www.granma.cu/pensar-en-qr/2022-11-03/el-bloqueo-tiene-el-efecto-de-una-pandemia-permanente-de-un-huracan-constante-03-11-2022-13-11-28>.
- Rojas, Rafael. 1998. *El arte de la espera: notas al margen de la política cubana*. Madrid: Editorial Hypermedia. Edición Kindle.
- Salazar, Salvador. 2022. *La pausa. Relatos de la cuba inmóvil*. Autopublicado: Ilíada Ediciones.
- Schweizer, Harold. 2008. *On Waiting*. London: Routledge Taylor & Francis Group.
- Sutton, Rebecca, Darshan Vigneswaran y Harry Wels. 2011. "Waiting in Liminal Space: Migrants' Queuing for Home Affairs in South Africa". *Anthropology Southern Africa* 34, Issue 1-2, 30-37.
- Turnbull, Sara. 2016. "'Stuck in the Middle': Waiting and Uncertainty in Immigration Detention". *Time and Society* 25, Issue 1, 61-79.
- Valentini, Francesca. 2022. "La Giraldilla: un cronotopo femenino". *La Ventana*, 24 de febrero. <http://laventana.casa.cult.cu/index.php/2022/02/24/la-giraldilla-un-cronotopo-femenino/>.
- Varela, Carlos. 2019. "El Bostezo de la espera" [Video]. *YouTube*, 22 de noviembre. <https://www.youtube.com/watch?v=rNN0y-c2EOM>.
- Vázquez Díaz, René. 2009. "La espera de los cubanos". *Rebelión*, 3 de febrero. <https://rebellion.org/la-espera-de-los-cubanos/>.

- Vivanco, William. 2018. "Alegrón" [Video]. *YouTube*, 28 de noviembre.
<https://www.youtube.com/watch?v=IsHxgv8gzYU>.
- Weber, Max. 2019. *Economy and Society: A New Translation*, editado por Keith Tribe.
Cambridge: Harvard University Press.
- Žižek, Slavoj. 2002. *Bienvenidos al desierto de lo real*. Madrid: Akal.